

“Los bárbaros están de prisa, por donde quiera se destruyen nuestros monumentos y esto es grave porque el día que nos veamos rodeados de monumentos que

no sean los nuestros, el día en que encontremos en nuestras ciudades monumentos que no corresponden a nuestra tradición cultural, ese día habremos dejado de pensar como mexicanos”.

Sirvan estas últimas palabras para mostrar el compromiso de un investigador que no sólo estaba interesado en estudiar el pasado, sino también en defender los vestigios en el presente.

Lázaro Cárdenas en la Presidencia de México

Anna Ribera Carbó*

Ricardo Pérez Montfort, *Lázaro Cárdenas. Un mexicano del siglo XX*, t. 2, México, Debate / Penguin Random House, 2019, 510 pp.

El segundo volumen de la biografía *Lázaro Cárdenas. Un mexicano del siglo XX*, junto con el primero publicado en 2018, es un compendio de los intereses de Ricardo Pérez Montfort a lo largo de su muy prolífica trayectoria como historiador. Temas que lo hacen reconocible, como la historia cultural —haciendo hincapié en la cultura popular, el cine, la fotografía, la música, la versada—, la historia social y política mexicana, la derecha hispanista, se reúnen en este trabajo en torno a un

personaje y a una época de enorme trascendencia para el México contemporáneo: Lázaro Cárdenas y sus años en la Presidencia.

En el primer tomo, Pérez Montfort recrea de manera pormenorizada los escenarios en los que se fue construyendo el personaje y la red de relaciones que le permitieron irse colocando en las más altas esferas del poder militar y político para ubicarse, a los 39 años, en la antesala de la Presidencia de la República. En este segundo tomo, que inicia con la gira presidencial que empezó en diciembre de 1933, el asunto de las relaciones militares y políticas mantiene una importancia nodal. Sus colaboradores cercanos, como Ernesto Soto Reyes, Luis I. Rodríguez, Silvano Barba González y Gonzalo Vázquez Vela; los correligionarios con los que después de establecer alianzas políticas terminaría por confrontarse, como

Saturnino Cedillo; las figuras a las que admiraría por su obra revolucionaria, como Tomás Garrido Canabal, con quien acabaría teniendo problemas graves, pululan en la gira del candidato junto a otras que habían sido claves en la etapa de formación: Plutarco Elías Calles y Francisco J. Múgica, entre las más destacadas. Además, van adquiriendo importancia actores como Manuel Ávila Camacho y su hermano Maximino, y el joven y carismático veracruzano Miguel Alemán. Esta red de relaciones variopintas en lo ideológico, aunque todas fueran o se dijieran “revolucionarias”, se amalgamarían por un breve periodo en torno a la personalidad política de Cárdenas.

Los seis años de la presidencia componen la parte sustantiva del texto. Y aunque en esta parte de la obra aparecen figuras de una fuerza notable como

* Dirección de Estudios Históricos, INAH.

don Plutarco, el dirigente obrero Vicente Lombardo Toledano, el multifascético y poderoso Emilio Portes Gil, y por supuesto los “latosos” Garrido Canabal y Cerdillo, por mencionar a algunos, Cárdenas parece mucho más solitario. Rodeado de gente todo el tiempo, claro, pero tomando solo o con muy pocos colaboradores las decisiones cruciales de su gobierno: Francisco J. Múgica, Ignacio García Téllez, Manuel Ávila Camacho. No sé si es que el poder es así, o se ejerce así, en solitario. Tal vez parece solitario por la enorme concentración de poder en nuestras figuras presidenciales del siglo XX, que eclipsan a quienes están a su alrededor. Pero el hecho es que la disolución del primer gabinete y las grandes decisiones de su gobierno: el reparto agrario, la expropiación petrolera, el asilo político a los perseguidos del fascismo europeo, parecen acciones decididas por Cárdenas y luego instrumentadas por operadores políticos y diplomáticos que les dieron forma, pero que difícilmente participaron en la toma de decisiones o le hicieron sombra al presidente de la República.

Pérez Montfort logra describir con detalle la manera en que Lázaro Cárdenas pudo, sobre todo a partir de su segundo gabinete, poner a trabajar a esa pléyade heterogénea de actores políticos, al servicio de su proyecto de país. Protagonistas que, en el caso de algunos, incluso antes de terminar el sexenio, se opondrían a la continuidad de sus medidas radicales. Y eso tuvo su mérito. Como dice Alan Knight: “[Cárdenas] no

podía gobernar el México posrevolucionario sin actuar así; no podía poner en marcha las reformas ni cimentar la paz social, sin utilizar la maquinaria disponible. Fabricar otra maquinaria [...] habría resultado imposible, aún utópico, dentro de los seis breves años disponibles, dos de los cuales los dedicó a derrocar al jefe máximo”.¹ Lo cual quiere decir que Cárdenas, el presidente, una vez que se libró del control callista, supo aglutinar a una clase política que se caracterizaba, no por su cohesión en torno a un proyecto común, sino por una multiplicidad de intereses políticos, económicos, regionales y personales. El autor destaca, además, como aun y cuando el primer gabinete tenía una apariencia callista, el presidente Cárdenas instaló en gran parte de los puestos subalternos a gente cercana a su proyecto, reclutada a lo largo de los años en que fue construyendo su carrera política.

Como en el primer volumen, un tema que aparece constantemente es el de la filiación ideológica de Lázaro Cárdenas, el del “socialismo cardenista”. Si nos atenemos a una interpretación más o menos ortodoxa de los términos “socialismo” y “socialista” como una ideología que ve en el capitalismo industrial y en el sistema del salariado al enemigo de auténticas formas sociales que dependen de cooperación

práctica y que no puede alcanzarse en tanto existan formas de propiedad privada, individual, y de los medios de producción,² llegaríamos a la conclusión de que quienes se adscribían a un socialismo mexicano estaban más cerca de una lectura radical de la Constitución de 1917 y que nunca fueron más allá de lo que establecía el código queretano: reparto agrario, legislación laboral, educación laica y comprometida socialmente, anticlericalismo, preocupación por los pueblos indios. Estas políticas sin duda eran revolucionarias y su discurso usaba un lenguaje lleno de términos procedentes de la retórica socialista en boga por la presencia de la Revolución bolchevique. La presencia de los adjetivos *agrarista*, *proletario*, *socialista*, *capitalista*, e *imperialista* saturaban el lenguaje oficial, lo mismo que conceptos y términos como “obrerismo”, “colaboración de clases” e “igualdad social”. Pero no creo que esto los haya hecho socialistas, salvo si entendieramos como “socialista” a la continuación del liberalismo por la vía de reformas, incluyendo algunas radicales, del orden social, para desarrollar, extender y asegurar los principales valores liberales: libertad política, fin de los privilegios y desigualdades, y justicia social entendida como igualdad entre diferentes indi-

¹ Alan Knight, “El cardenismo: ¿culminación de la Revolución Mexicana?”, en David Brading, *Cinco miradas británicas a la historia de México*, México, Conaculta / INAH, 2000, p. 161.

² Raymond Williams, *Keywords. A vocabulary of Culture and Society*, Nueva York, Oxford University Press, 1976, pp. 238-239.

viduos y grupos.³ Interpretados en función de esta otra acepción popular de “socialismo”: el impulso a la propiedad colectiva de la tierra, la nacionalización del petróleo y las mejoras laborales, que nunca contemplaron la extinción de la propiedad privada en el país, podrían verse como “socialistas”. Periodistas estadounidenses simpatizantes del régimen, como Sylvia y Nathaniel Weyl, contribuirían a consolidar la idea del socialismo cardenista. La creciente y envaletonada derecha mexicana, por su parte, acusaría al presidente Cárdenas de “bolchevique”, pero se trataba de una visión magnificada del radicalismo de quienes se sintieron o fueron afectados por las reformas impulsadas.

Un tema más que aparece a lo largo del texto es el del puritanismo revolucionario, el de la postura antialcohólica y contraria a “vicios”, como los juegos de azar, tan propia de muchas revoluciones y revolucionarios que aspiran a construir un “hombre nuevo” y del que Lázaro Cárdenas fue claro representante promoviendo campañas contra el alcohol, cerrando casinos, oponiéndose a las corridas de toros y a las peleas de gallos, afectando los intereses “que lucraban en el mundo prostibulario y del entretenimiento poco afecto a la moral ortodoxa” (p. 82). Ya desde los días de la gira presidencial, a su paso por el estado de Morelos, Cárdenas escribió en sus *Apuntes*: “deja Cajigal la lacra

de haber permitido se estableciera en Cuernavaca el Casino de la Selva, lugar de vicio donde ya se han perdido fortunas y causado la desgracia de elementos que han perdido sus ahorros y fondos ajenos. Este centro de vicio destruye por completo todo lo bueno que haya hecho durante su administración”. Su conclusión es lapidaria: “El vicio nada lo justifica. La Revolución debe poner fin a esto. Cuando esté en mis manos lo haré” (p. 67). Esto encierra un debate de una actualidad extraordinaria: el alcoholismo, el tabaquismo, la drogadicción, el juego, la prostitución ¿son asuntos privados o temas de interés público?, ¿en dónde empieza la responsabilidad del Estado y termina la libertad individual? Cárdenas tenía clara su posición al respecto.

La postura internacional frente al ascenso del fascismo y el despliegue de una política de asilo insólita en el mundo de esos años, es otro de los grandes temas del libro. Postura que no encontró eco, por lo demás, en amplios sectores de la sociedad mexicana, profundamente conservadores e incluso pronazis. Este tema lo estudió con detalle Pérez Montfort en *Hispanismo y falange. Los sueños imperiales de la derecha española y México*.⁴ Me gusta que el autor, que analiza algunos de los entresijos de la gestión diplomática mexicana

⁴ Ricardo Pérez Montfort, *Hispanismo y falange. Los sueños imperiales de la derecha española y México*, México, FCE, 1992.

na y de las contradicciones de los grupos de asilados, no desdén la faceta épica de la política de asilo del general Cárdenas, que se ha intentado minimizar en trabajos recientes.

La defensa de la soberanía mexicana sobre su territorio en tiempos de la Segunda Guerra Mundial, que se encuentra en el último capítulo, es una de las facetas de la vida del general Cárdenas que ha sido poco estudiada. Recién salido de la Presidencia se vio ocupando la Comandancia del Pacífico y la Secretaría de la Defensa Nacional. Lo interesante de este momento es que Cárdenas debió enfrentar los intereses estadounidenses que querían poner bases militares en territorio bajacaliforniano, con mayor enjundia que a las fuerzas japonesas que nunca aparecieron en el horizonte.

Algunos temas más desfilan por la narración y el análisis que hace Pérez Montfort de la presidencia cardenista: desde el muy actual debate en torno a la laicidad, de la que el michoacano fue un férreo defensor, hasta la vida intelectual de la época, pasando por la política indigenista, la vida urbana, la gestión cultural, las diversiones populares y la contraposición de la modernidad cosmopolita con la tradición popular. Y desfilan también figuras de la política y del arte, nacionales y extranjeras, encontrando su acomodo en el México de los años treinta.

Además de las diversas tentativas de biografar a Lázaro Cárdenas, como la ya clásica de William Townsend, *Lázaro Cárde-*

³ *Idem*.

nas, *demócrata mexicano*,⁵ o la más reciente, escrita por Cuauhtémoc Cárdenas, *Cárdenas por Cárdenas*,⁶ ha habido numerosas aproximaciones a temas específicos de la gestión de Lázaro Cárdenas al frente de la Presidencia de México. Ejemplos de ello son *La política de masas del cardenismo*⁷ de Arnaldo Córdova; *Ideología y praxis política de Lázaro Cárdenas*⁸ de Tzvi Medin o *El cardenismo: una utopía mexicana*⁹ de Adolfo Gilly, por mencionar algunas muy conocidas. Ha habido también algunos esfuerzos colectivos, como los tres volúme-

nes de *Lázaro Cárdenas: modelo y legado*,¹⁰ publicados por el Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México o *El cardenismo, 1932-1934*, coordinado por Samuel León y González.¹¹ Pero la tentativa de Ricardo Pérez Montfort es titánica porque su pretensión no explícita, pero evidente, es hacer lo que podríamos llamar una “historia total” del personaje y para ello debió dar coherencia y estructura a una enorme cantidad de información sobre un personaje colosal, al que el autor quiso bajar del pedestal pero al que, se-

gún le oí decir a él mismo, “se está subiendo todo el tiempo”. Y es también un intento de recrear un México en plena transformación en medio de un mundo desgarrado por ideologías e intereses que lo encaminaron irremediabilmente a la guerra.

Les aviso que el tercer volumen nos llevará por los escenarios de la Guerra Fría, por la descolonización de África y Asia, por las revoluciones latinoamericanas. Y Lázaro Cárdenas, sereno e incansable viajero por el territorio mexicano, seguirá teniendo mucho que hacer y que decir.

⁵ William C. Townsend, *Lázaro Cárdenas, demócrata mexicano*, México, Biografías Ganesa, 1954.

⁶ Cuauhtémoc Cárdenas Solórzano, *Cárdenas por Cárdenas*, México, Debate / Penguin Random House, 2016.

⁷ Arnaldo Córdova, *La política de masas del cardenismo*, México, Era, 1974.

⁸ Tzvi Medin, *Ideología y praxis política de Lázaro Cárdenas*, México, Siglo XXI, 1985.

⁹ Adolfo Gilly, *El cardenismo: una utopía mexicana*, México, Cal y Arena, 1994.

¹⁰ *Lázaro Cárdenas: Modelo y legado*, 3 tt., México, INEHRM (Biblioteca INEHRM), 2009.

¹¹ Samuel León y González (coord.), *El cardenismo, 1932-1940*, México, CODE / FCE / Conaculta / INHERM / Fundación Cultural de la Ciudad de México (Historia, serie Historia Crítica de las Modernizaciones en México, 5), 2010.